

ENTREGA DEL PREMIO DE LA “FUNDACION HUMBOLDT”

Intervención de:

Dr. Rafael Pizani

Dr. D.F. Maza Zavala

El Premio al Educador Venezolano otorgado por la Fundación Humboldt por novena vez atribuida al nivel de la educación superior fue acordado para el Dr. D.F. Maza Zavala, "... ilustre profesor barcelonés, con mas de treinta años al servicio de la educación superior, Doctor en economía desde 1962, ex-Decano de la Facultad y ex-Director del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la U.C.V...." Reproducimos aqui los discursos correspondientes a la entrega del premio.

Por novena vez sin soluciones de continuidad, con esmerado espíritu institucional, nos convoca la Fundación Humboldt a este acto de entrega del Premio al Educador Venezolano, Sin miedo a repetirme, mis palabras iniciales deben estar dirigidas a exaltar sin reservas, con un aplauso y solidaria simpatía, la estupenda labor creadora de la Fundación Humboldt al establecer este valioso estímulo al educador nacional que, debemos señalar nuevamente, como ejemplar iniciativa privada al servicio colectivo.

De acuerdo con las prudentes regulaciones de la Fundación, el Premio al Educador Venezolano correspondiente a este año de 1992, se atribuye al nivel de la Educación Superior y el Jurado, después de objetiva evaluación de las credenciales presentadas por calificados aspirantes, acordó por unanimidad otorgarlo al Doctor D.F. Maza Zavala, ilustre Profesor barcelonés, con más de treinta años al servicio de la Educación Superior, Doctor en Economía desde 1962, ex-Decano de la Facultad y ex-Director del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela; autor de libros y numerosas publicaciones científicas; participante en seminarios nacionales e internacionales e incansable orientador no sólo del pensamiento científico económico nacional sino también del comportamiento ciudadano ejemplar.

En el pensamiento y la acción del Maestro Maza Zavala encontraremos, siempre como necesaria orientación e inspiración, la preocupación por la soberanía venezolana, el quehacer nacional

con el cual debemos enfrentar la magnitud de nuestros problemas que si bien aparecen condicionados por el hecho económico, sobrepasan sus linderos para exigir planteamientos multidisciplinarios que parecen conducir obligatoriamente a la compleja cuestión central de nuestra educación nacional.

Nuestra constitución establece expresamente principios de orientación económica de obligatorio cumplimiento, pero generalmente olvidados o tímidamente aludidos. El repudio del predominio económico como instrumento de política internacional; la organización económica de la república con fundamento en principios de justicia social que aseguren a todos una existencia digna y provechosa para la colectividad; el mejoramiento de la economía popular mediante la protección de instituciones destinadas a su perfeccionamiento; la prohibición de la usura, del enriquecimiento ilícito, de la indebida elevación de los precios y, en una palabra, el fortalecimiento de la soberanía económica del país, constituyen otras tantas bases normativas que deben inspirar una organización social justa, progresista y propia.

Además de estas normas constitucionales la, ordenación jurídica del país debe establecerse sobre lo que hoy podemos llamar "afortunados lugares comunes" recogidos en documentos internacionales como deberes de los Estados que integran la Comunidad Jurídica Internacional y que han sido aprobados por aclamación, en sesiones solemnes de ministros o representantes locales, románticamente conmovidos, pero no siempre dispuestos a cumplirlos o hacerlos cumplir. Todos parecen aprobar que ningún país puede avanzar en su desarrollo más allá de donde llegue su educación; que la educación es un instrumento fundamental para la liberación de los pueblos; "que es necesario un nuevo orden económico internacional como pre-requisito básico para que los países necesitados puedan realizar proyectos de progreso nacional" y, como ya lo dijimos antes, que el predominio económico no puede ni debe ser utilizado como instrumento de política internacional lo cual, en forma descarada, viene sucediendo actualmente.

Con el Maestro Maza Zavala, en quien se conjugan armoniosamente las condiciones de ilustre economista y ejemplar educador, pensamos que sin una educación de la voluntad, los mejores principios y normas orientadoras no hallarán oportuna realización y efectiva vigencia.

En varias ocasiones hemos señalado que la Universidad venezolana ha sido injustamente acusada de males cuyo tratamiento y eliminación corresponde a otras instancias y organismos públicos, y que si bien las Universidades están en el deber de contribuir a la corrección de desviaciones y prácticas socialmente perjudiciales, la responsabilidad final será de la propia colectividad que se decida a dar la batalla.

Parece que estamos de acuerdo en el enjuiciamiento de nuestros errores y defectos colectivos, pero no logramos acordarnos en los procesos que conduzcan a la solución de los mismos; señalamos, con frecuencia airadamente, nuestras miserias y carencias colectivas, pero no sumamos voluntades concurrentes para remediarlas. Acusamos, por ejemplo, los elevados costos y la progresiva decadencia de nuestra educación superior, pero obviamos señalar que un proyecto de ley de Educación Superior y otro para el Financiamiento de la misma, que fueron elaborados desde hace tiempo por calificados educadores, constituyen valiosas contribuciones que no han recibido el apoyo y la atención que merecen.

Más que una educación intelectualizada necesitamos la de nuestra voluntad. "En el sistema republicano —enseñaba Don Simón Rodríguez— las costumbres que forman una Escuela Social, producen una autoridad pública y no una autoridad personal; una autoridad sostenida por la voluntad de todos, no la voluntad de uno sólo convertida en autoridad. El fundamento del sistema republicano —decía— está en la opinión del pueblo y ésta no se forma sino instruyéndolo. Nadie hace bien lo que no sabe: por consiguiente nunca se hará república con gente ignorante. Con acumular conocimientos extraños al arte de vivir nada se ha hecho

para formar la conducta social... No sentimos que tenemos cabeza sino cuando nos duele; no vemos toda la extensión de nuestra miseria sino cuando entramos en nosotros mismos... La América es original hasta en su pobreza”.

Debemos preguntarnos si procedemos correctamente al permitir que otras mentes, otras circunstancias; diferentes requerimientos, inspiraciones y formaciones culturales pretendan por sí solas organizar nuestra economía y ahondar en nuestra educación. Siempre hemos creído y sostenido que la descentralización de la Educación Superior como nivel independiente del Ministerio de Educación; la utilización de las cinco Universidades Autónomas hoy existentes, como responsables directas del desarrollo científico, cultural y técnico de sus respectivas regiones o zonas de influencia; la evaluación permanente y la crítica de los proyectos y resultados de sus programas y gestiones de desarrollo, el intercambio inter-regional de informaciones y experiencias; la colaboración institucional en el esfuerzo por la superación de necesidades colectivas; el estímulo de la participación en el progreso e identificación de sus regiones, constituyen algunas de las vías inmediatas para el diagnóstico y tratamiento, serios, oportunos y eficaces, de las necesidades colectivas en el sistema educativo nacional.

Estamos convencidos de que nuestras Universidades autónomas son subutilizadas en la tarea imperiosa del desarrollo integral de Venezuela. Hemos sostenido que dejar su responsabilidad a la creadora iniciativa de sus profesores y estudiantes el futuro de sus regiones y la orientación de sus propias identidades, así como la solidaridad, el surgimiento de competencias y de aptitudes locales, consolidarían no sólo el nivel de la Educación Superior por la utilización plena de sus posibilidades y recursos, sino que integrarían y fortalecerían todo el sistema educativo y la influencia del mismo en nuestro ser nacional.

Para terminar del brazo de Don Simón y en la cordial compañía de nuestro homenajado de hoy, el Profesor Maza Zavala, el Maestro Rodriguez nos aconseja:

“Si los americanos quieren que la revolución política que el peso de las cosas ha hecho y que las circunstancias han protegido, les traigan verdaderos bienes, hagan una Revolución Económica y empiecen por los campos... Vencan la repugnancia a asociarse para comprender y el temor de aconsejarse para proceder. Formen sociedades económicas que establezcan escuelas de agricultura y maestranzas en las capitales de provincia y las extiendan, cuando convenga a los lugares más poblados de cada una. !MAS VALE ERRAR QUE DORMIR”!.

6 de octubre de 1992

Comienzo, con razón que tiene tanto que ver con el espíritu como con el entendimiento, por expresar mis reconocimientos con toda la modestia que me caracteriza a la Fundación Humboldt, en la persona de su presidente Sr. Ladislao Prieto, por haber instituido el honroso Premio al Educador Venezolano en sus diferentes menciones; a los distinguidos miembros del Jurado Calificador, venezolanos ilustres en la realización del saber y del educar; al muy especial amigo Dr. Rafael Pizani, por las generosas cuanto inmerecidas palabras con que han hecho posible esta fiesta de la Academia; a quienes nos acompañan ahora y a quienes tuvieron la voluntad de venir y no pudieron.

Deseo interpretar que la distinción de que soy objeto es extensiva a todos los educadores del país, trabajadores de la formación humana, agentes de comunicación y enlace entre el pasado, el presente y el futuro, predicadores de la buena nueva, de que más allá de la oscuridad existe la luz, que en la entraña de la crisis se gesta una transformación progresiva que nos conducirá a una época en que imperarán los valores superiores de la humanidad, vencidas la opresión y la explotación, el afán de dominio y la concentración de la riqueza, las discriminaciones y las negaciones de justicia, la miseria en medio de la abundancia, la muerte por hambre y por maldad. Educadores mensajeros de la esperanza, líderes de las ideas, alfareros de la mejor arcilla que es la frescura con que se asoman a la vida las generaciones que nos sucederán en la lucha, el esfuerzo y el trabajo.

El mérito elemental que puedo exhibir, a falta de otros más brillantes y trascendentes, es la continuidad en mi labor docente, desde los lejanos días de mi primera juventud en que, apenas levantado de los bancos escolares, asumí temerariamente la responsabilidad de maestro de escuela en mi tierra natal; y maestro de escuela he sido y soy, a través de la vida, en todas las instancias del proceso educativo, desde la primera hasta la universidad; y maestro de escuela también en la comunicación social, esas otras aulas abiertas del periodismo, la opinión, la conferencia, la conversación con la gente del común, el libro y la asamblea en que se ventilan los problemas de la economía y la sociedad. En estos empeños he tenido múltiples satisfacciones; pero la más profunda siempre ha sido el recuerdo y el afecto de quienes fueron, de una u otra manera, mis discípulos, muchos de ellos me han distinguido como epónimo o padrino de sus promociones, compromiso mutuo de buen cumplimiento. Singular oportunidad tuve, hace años en nuestra Universidad Central, de imponer la medalla y entregar el diploma de Economista a mi hijo Domingo Felipe, que continuó los pasos que alguna vez di en el Banco Central.

Este año cúmplense Quinientos Años de América, quinientos años de haberse realizado el primer viaje de Colón a tierras que luego fueron bautizadas como americanas. Hay diferentes percepciones de ese hecho, cuya significación histórica en el mundo nadie puede negar. La más generalizada de esas percepciones es la de que se trató de un descubrimiento: el europeo descubrió el Nuevo Mundo y lo incorporó a su dominio y a su civilización. Pero esta parte del mundo existía muchos milenios antes de que el europeo hollara su suelo o surcara sus mares y ríos o tomara sus riquezas por supuesto derecho de conquista; la historia de este continente, fragmentado en dos, se pierde en la noche de los tiempos y tiene sus edades, sus civilizaciones que crecieron y declinaron, sus testimonios y herencias, sus obras y sus leyendas, sus grandezas y miserias, como en todas partes en que el hombre ha tomado residencia. Tardó mucho, pues, el europeo en descubrir, si puede admitirse que ello fue así, a esta región del globo; proba-

blemente la descubrió innumerables siglos antes el asiático, y tras la huella de las Indias Orientales, sin saberlo, llegaron aquí Colón y sus hombres. Otra percepción es la del encuentro: la comunicación entre dos culturas, entre dos humanidades, entre dos concepciones de la vida y el universo. ¡Pues cuántas culturas coexistían en tierras americanas! ¡Cuántos pueblos sembraron sus simientes y sus cuerpos en la diversa geografía del continente! Y, por otra parte, mas que encuentro fue bien pronto afán de conquista, despojo y genocidio, destrucción y reclamo de sometimiento. Hace quinientos años comenzó otra historia. Y para nosotros, los latinoamericanos, una tercera historia tomó su razón de ser hace casi dos siglos, cuando se levantaron las primeras banderas de la emancipación de nuestras naciones.

Descubridor en el más noble sentido lo fue Alejandro de Humboldt. A la fábula, y con frecuencia la calumnia, que hicieron circular en Europa como versión distorsionada de la realidad americana algunos conquistadores y cronistas de Indias —aunque otros, con honestidad intelectual presentaron versiones más ajustadas a los hechos—, Humboldt contrapone los resultados de su investigación científica de la naturaleza y de los pueblos de las regiones equinociales del nuevo continente, como eran a principios del siglo XIX. Su contribución al conocimiento de América fue tan grande que Bolívar, quien gozó de su amistad y sabiduría, pudo decir: “El barón de Humboldt ha hecho más bienes a la América que todos sus Conquistadores”. Vino a nosotros con las armas del conocimiento, movido por su curiosidad científica, ayuno de la prepotencia civilizatoria, y entregó a sus contemporáneos y al futuro la mejor historia natural y cultural de este continente. Honor, pues, a Humboldt, que interpretó justamente el anhelo de libertad de nuestros mayores y la grandeza de la tierra americana.

EL ESCENARIO DEL MUNDO

Esta época es excepcional en la historia del mundo, de la América Latina y de Venezuela, particularmente. Somos testigos

privilegiados, y de algun modo también actores, de una extraordinaria transformación de la humanidad, de una crisis sin precedentes, de la declinación de una civilización y el surgimiento de otra, que debe sustentarse en la paz, en la solidaridad, en la cooperación, en la libertad, en la exaltación fecunda de las cualidades del **Homo Sapiens**, en la combinación creadora de la ciencia, la tecnología y el desarrollo humano, sepultados en los oscuros móviles del egoísmo y la violencia agresora, defensores todos de este hogar que es el planeta tierra, tan pequeño en la inmensidad estelar, tan grande y generoso para abrigar nuestros sueños, afectos y esperanzas. Pero este tránsito no es feliz ni tranquilo, sino traumático, cercado por las amenazas y los riesgos, signado por la incertidumbre. Caen los paradigmas ideológicos, se hunden en el ocaso las utopías, se quebranta la praxis de los sistemas sociales, se desintegran grandes complejos de naciones y algunas se enfrentan en guerras fratricidas; emergen como de las cenizas del pasado, atavismos, fanatismos, odios ancestrales, nacionalismos recalitrantes, sectarismos religiosos, conflictos étnicos, las vertientes perversas de la historia del hombre. Observamos confundidos y apenados como la conquista de los secretos de la naturaleza por los adelantos de la ciencia y la tecnología, no logran calmar los impulsos de la ambición mezquina, ni doblegar los instintos de la dominación que cobra víctimas entre los débiles y rezagados. Observamos igualmente como la potencial abundancia de bienes materiales que se deriva de aquellos adelantos coexiste con la pobreza extrema de millones de seres humanos en los más diversos lugares del globo, y como se concentra en unos pocos países afortunados el caudal de la riqueza, el poder y el saber, el acceso al bienestar, la fuerza del crecimiento. Observamos también como, no obstante esa potencialidad, los países desarrollados sufren las contingencias de la recesión económica, el desempleo, la desigualdad socioeconómica, la protesta de los marginados y los discriminados.

Sin embargo, se levanta en el firmamento la estrella de la democracia, seguramente en lo institucional y político, la perfección posible de la organización humana. La democracia es un

sistema de valores, una convergencia entre la afirmación de la individualidad y la razón de la sociedad. Para que los valores esenciales de la democracia puedan sostenerse como realidades y verdades es indispensable la correspondencia entre el funcionamiento cabal de las instituciones y de los mecanismos de la vida material, el necesario equilibrio entre la libertad y la seguridad económica. La discordancia entre estos factores es lo que permite hacer la diferenciación indeseable entre democracia formal y democracia real, entre democracia representativa y democracia participativa, hasta la paradoja de la democracia de minorías y para minorías y la democracia de la totalidad para la totalidad. Y habría que distinguir en este orden de ideas entre democracia nacional y democracia internacional, pues se evidencia que los países tradicionalmente democráticos en sus regímenes interiores imponen con frecuencia un tratamiento no democrático a los países menos desarrollados o débiles; la paradoja entre democracia formal y democracia real adquiere su mayor evidencia en el escenario económico internacional, entre países industrializados y países que tienen una base económica primaria, entre países acreedores y países deudores no desarrollados y, lo que es más preocupante, la brecha entre ricos y pobres del mundo en lugar de abreviarse se amplía. A escala planetaria, la realidad contradictoria de que a la par que crecen las fuerzas productivas, a una velocidad sin precedentes en la historia, también se extiende y profundiza la pobreza, no sólo en los países considerados pobres sino también en amplias fajas de población de los países ricos, en los que se practica la discriminación racial, étnica y cultural.

En otra perspectiva de análisis se ponen de relieve fenómenos de confrontación indeseables, mientras tienden a generalizarse las relaciones económicas y se preconiza el ideal de un mercado mundial sin fronteras, adquieren mayor vigor las políticas proteccionistas de los países adelantados en perjuicio de los rezagados, que pugnan por conquistar un espacio para sus exportaciones no tradicionales; así mismo se imponen los bloques geoeconómicos y geopolíticos, con exclusión de países y regiones, y otros se desintegran abruptamente, dando lugar al surgi-

miento de nacionalismos agresivos, odios ancestrales, luchas religiosas, y todo ello se libra en términos de muerte, destrucción, tragedia de los sobrevivientes indefensos. Aparentemente nos aproximamos a una era de paz, de cooperación y de progreso; pero se multiplican las amenazas y los riesgos de conflicto bélico, inclusive en las viejas cunas de la civilización, como el Medio Oriente y el centro de Europa.

No podemos condenar el nacionalismo que se sustenta en valores históricos y culturales, en vínculos humanos, materiales e institucionales, en la definición justa de un interés colectivo que fortalece la unidad y la identidad de un pueblo. Este nacionalismo no pasa de moda, porque no es una moda sino una vivencia trascendente. El nacionalismo concebido así es compatible con el internacionalismo, como expresión de la sociedad de naciones en prosecución de objetivos comunes, sin dominio ni subordinación. Particularmente este nacionalismo es compatible y se complementa con el latinoamericanismo, en la ruta que ha tiempo trazó el Libertador Bolívar, cuando definió a nuestra América como una república de naciones, es decir, como una confederación, una confluencia de autonomías nacionales, hoy más necesaria que nunca a la luz de los cambios que ocurren en el escenario del mundo.

EL ESCENARIO AMERICANO

Dentro del continente americano coexisten dos realidades complejas: la de la América Latina y la de la América anglosajona, lo que manifiesta una dicotomía que arranca de la época colonial y persiste en nuestros días. En términos convencionales se califica a la América anglosajona como desarrollada y a la nuestra como "en vías de desarrollo". Resulta extraño que nuestra América, la más cosmopolita o universal, pues reúne en su condición cultural y humana las diferentes vertientes procedentes de los otros continentes, la que se formó primero tanto como proyección del pasado indígena como de las aportaciones europeas y africanas, esté aún por desarrollarse, mientras que la anglosajona, formada posteriormente, reducida originalmente a una franja geográfica com-

prendida entre el océano y la montaña, haya adquirido la fuerza del desarrollo, el esplendor de la riqueza y el poder, la función hasta cierto punto tutelar en los asuntos mundiales. El Norte es para nosotros la imagen del mayorazgo y el Sur es para el Norte la zona de influencia, la reservada a su protección, por no decir el patio trasero en el lenguaje crudo del comun. Desde hace casi dos siglos los norteamericanos anglosajones tomaron para si el supuesto derecho de ser los americanos y su país recibió el nombre de América. Para ellos, como para Europa, nosotros no somos sino latinoamericanos, un accidente en el continente. Es tiempo de superar esa falta dicotomía: todos somos América.

Para lograr de nuestras relaciones con Estados Unidos algún provecho para nuestros países es necesario consolidar efectivamente la unidad latinoamericana, más allá de la retórica. Tenemos que integrarnos en el continente, no simplemente resignarnos a ser la parte sometida y rezagada; pero para integrarnos se requiere que hagamos realidad a la América Latina. Este es un gran desafío de este tiempo para los latinoamericanos. Estados Unidos no sólo desea, sino que necesita y busca la formación de una zona de libre comercio continental, bajo su dominio; este es el objetivo de la llamada Iniciativa para las Américas del Presidente Bush. Pero evade la negociación multilateral con el conjunto de los países de nuestra región y procura la relación bilateral, en la que le es más fácil imponer los términos de un intercambio desigual en favor suyo. Frente a ese designio hay que desarrollar la conciencia de la unidad latinoamericana, que no es sólo el compromiso de los gobiernos, de los estados, sino la comunión vital de nuestros pueblos. La celebración del quicentenario de los viajes de Colón debe tener el sentido trascendente de la iniciación de una nueva época en la historia americana, en que la secuela del orden colonial, convertido luego en neocolonial, desaparezca enteramente para dar paso a un orden justo equilibrado, libre entre naciones; porque marchan simultáneos dos procesos de integración; a escala continental, en Europa, Asia, África, América y Oceanía; y a escala universal, entre continentes y países, sobre las fronteras políticas, geográficas, económicas, cul-

turales, religiosas, étnicas, ideológicas: el encuentro entre los seres humanos, viajeros en esta nave estelar, con la esperanza de no ser los únicos en el inmenso cosmos.

Coexisten dos crisis en el marco de América: la nuestra, de subdesarrollo, de obsolescencia de la base económica primaria, de fractura social, de cautiverio financiero a través de la deuda, de democracia, y la de Estados Unidos que no logra el equilibrio entre su posición hegemónica en el mundo y la potencialidad real de su economía interna y externa; pero también para ellos es crisis social, de heterogeneidad de modos y medios de vida entre los diferentes segmentos de su población, y crisis cultural, de adaptación a una nueva manera de entender y contribuir al progreso humano. Pero esta crisis, la del Norte y la nuestra, no están aisladas entre sí, se interrelacionan, dentro de la gran crisis mundial, de transición; no estamos al final de la historia, sino en el umbral de una nueva historia.

LA EMPRESA DEL CONOCIMIENTO

Todo esfuerzo humano, todo empeño en alcanzar metas y objetivos, toda ordenación de aptitudes, medios y recursos para ello, puede calificarse como empresa. No limitamos esta categoría al afán exclusivo del lucro material. Hablamos ahora de la empresa del conocimiento, la mayor fuerza transformadora que el ser humano pueda poseer y utilizar. Y no limitemos esta fuerza al objetivo de la transformación de la base material, de producción y consumo de bienes y servicios para la satisfacción de necesidades orgánicas, también y en un horizonte de excelencia, se desarrolla el conocimiento para la plenitud de la conciencia, del intelecto, de la sensibilidad creativa, del disfrute de la naturaleza, de los bienes éticos y estéticos que faciliten el ejercicio de la libertad. Quiero significar que no nos dejemos deslumbrar únicamente por el adelanto tecnológico que permite la multiplicación de la riqueza material en el ámbito puro de la economía; apreciamos que tal adelanto siempre será insuficiente si no contribuye al mejoramiento de la calidad humana. Es una falacia la dicoto-

mía de las dos culturas que se ha pretendido establecer como alternativas: de una parte la cultura científico-tecnológica, de la eficiencia, del éxito en la conquista del poder y la abundancia y, en el reverso oscuro, en la capacidad de destrucción y dominio de los débiles; de otra parte, la cultura humanística, de las ideas que no generan capital sino saber desinteresado, belleza, ejercicio de la inteligencia, relevancia del espíritu. A comienzo de este siglo, con los resplandores últimos del romanticismo y el positivismo, esa dicotomía fue expresada con singular brillantez por José Enrique Rodó, que exaltó los valores del genio latino, de la civilización greco romana, de las que somos supuestamente herederos, ante el genio anglosajón, del *homo technicus* u *homo faber*, afanoso en la creación de riqueza, desdeñoso de las lides en que se confrontan las dotes artísticas, literarias, filosóficas, del buen pensar y el buen decir. Hermoso alegato de la razón latina frente a la razón anglosajona, Ariel y Calibán, la ilusión y la hazaña de la praxis, la utopía y la forja de la herramienta, el derecho a soñar y la virtud del trabajo. No podemos admitir esta divergencia, esta bifurcación excluyente de la obra y el pensamiento. Es menester realizar la unidad de la cultura, la potencialidad del conocimiento, la comunidad de los afanes creativos de los pueblos porque, en verdad, para el disfrute de los bienes éticos y estéticos es indispensable una base material, la emancipación con respecto a la necesidad, el vencimiento de la penuria y la escasez. La misma ciencia, la misma tecnología, la misma capacidad de producción, deben servir para superar la miseria y para ensanchar los horizontes culturales.

LA EDUCACIÓN, FORMACIÓN INTEGRAL

La educación desarrolla las aptitudes para conocer y para aplicar el conocimiento; pero ésto no es suficiente. La educación también forma los patrones de comportamiento, contribuye a definir positivamente los perfiles de la personalidad, las motivaciones del quehacer y del ser, lo que está más allá del trabajo: la realización integral de hombres y mujeres. No basta conocer y saber hacer en base al conocimiento, hay que convivir, cultivar valores

que den consistencia a la obra que se realiza, interpretar el sentido de la acción que se ejecuta, no como un fin en sí mismo, sino como una relación social en la que están implicados muchos otros y de cuyos resultados depende, en una u otra forma, lo que ha dado en llamar la suerte del común. El conocimiento circunscrito al dominio de las ciencias puras o aplicadas, así convencionalmente calificadas, puede contribuir al desarrollo de genios de la informática, de la telemática, de la biofísica, de la bioquímica, de las matemáticas superiores, de los supercircuitos y de tantas conquistas de los secretos del universo como son posibles, pero de la misma manera puede convertirlos en autómatas, en máquinas humanas, en cautivos de su propio saber. La educación puede y debe evitar ese riesgo, porque a la par que se forma para el dominio de este saber científico, también lo hace en el ejercicio integral de las facultades y aptitudes de los seres humanos, particularmente en cuanto al desarrollo del espíritu crítico, del poder de la imaginación y de los alcances de la intuición, que son inherentes al proceso del conocimiento.

INFORMACIÓN, EDUCACIÓN Y CONOCIMIENTO

Al examinar el problema de la educación como parte del gran problema de la elevación del potencial humano para el acceso a niveles superiores del bienestar y libertad, se plantean algunas dudas sobre las orientaciones o tendencias contemporáneas a la exaltación de los sistemas de información como núcleos de progreso cultural y de adelanto tecnológico. Estimo que la información es un bien indispensable de la sociedad de este tiempo y que es valioso auxiliar de la educación y un factor de la difusión cultural. Si embargo, no es admisible que la información sustituya al sistema natural y social de las ideas que constituye la característica esencial y óptima del desarrollo humano. Precisamente el uso de la información para el mejor pensar y actuar es un privilegio de la razón cultivada, que rechaza la alienación, la manipulación de los hechos, la distorsión de la realidad en aras de intereses no bien establecidos en la esfera de la ética. La educación previene contra la dominación de los monopolios de la in-

formación que pretenden con frecuencia falsificarla en su propio y exclusivo beneficio. Existe, como sabemos, la contrainformación como arma estratégica en la lucha política y en la competencia económica espúrea. También se aprovecha la desinformación para favorecer las causas oscuras, la explotación de la ignorancia y de la ingenuidad. La tecnología de las comunicaciones, que es una conquista del intelecto humano, puede ser subordinada al servicio de la deformación cultural y de las desviaciones de conducta; pero también puede ser —y debe ser— un factor multiplicador de las ideas, de los patrones de equidad social y de la solidaridad entre los pueblos, de humanización como fenómeno deseable frente a la globalización que se nos presenta como una nueva ordenación del poder.

Quiero decir que la alienación informativa, como la tecnológica, representa la antítesis de la formación educativa. Información y tecnología, conocimiento y adelanto de las fuerzas productivas, son palancas de la acción transformadora en procura de la excelencia de la vida humana; pero no deben ser tantos motivos para la esclavización de los pueblos, de lo cual hay, por desgracia, numerosos ejemplos en nuestra época. Al mismo tiempo que la educación puede ser calificada como síntesis del conocimiento, de la información, de la tecnología y, especialmente, de la capacidad de adquirir, transmitir y utilizar conocimientos, hay que entenderla como aptitud para el mejor vivir, particularizada si se quiere en la aptitud para producir, para consumir, para pensar, para relacionarse, para participar en los esfuerzos y las luchas del común, como expresión de la personalidad y la sociabilidad.

EDUCACIÓN, PROFESIONALIZACIÓN Y MERCADO

Los excesos y extralimitaciones de la llamada economía de mercado pueden conducir a la consideración de la actividad educativa como una mercancía, objeto de oferta y demanda, cuyo precio se determina en las transacciones como cualquier bien o servicio y que es utilizada como un medio para la ganancia. La calidad de la enseñanza, en este contexto, se mide por la valo-

rización mercantil de instituciones y profesiones. El mercado jerarquiza el saber, el conocer, el instruir y el investigar, como bienes de capital para la formación y distribución del ingreso. Desde luego, en el frente de la ocupación no se puede lograr éxito si no se está provisto de una especialización, de una determinada aptitud, de una mercancía para la cual existe demanda. Los economistas clásicos, inclusive Marx, nos enseñan que en la sociedad capitalista —según la tendencia actual la única posible en la perspectiva de la eficiencia— la fuerza de trabajo es una mercancía y como tal tiene un precio; pero es una mercancía muy singular, ya que es la única que genera valor excedente, sin el cual el proceso económico en este modo de producción no tendría objeto. La cualidad de generar valor aumenta en la medida de la calificación de la fuerza de trabajo y de esto se trata en estos tiempos. La fuerza de trabajo primaria, elemental, es desplazada por la fuerza de trabajo superior, desarrollada por el conocimiento. Creo indispensable indicar que ni aún desde el punto de vista de los intereses del empresario la pura especialización profesional o técnica es suficiente para las exigencias que se hacen a los trabajadores en los niveles intermedios y superiores; se requiere la formación integral, la aptitud para interpretar el entorno, lo que diría el economista liberal Roepke, más allá de oferta y demanda. La razón técnica se subordina a la razón social. Por ello, la vertiente profesionalizante que deriva de las ciencias convencionalmente calificadas como objetivas y las técnicas aplicadas debe ser combinada con la vertiente humanística, que también debe ser calificada como ciencia o, en todo caso, como disciplina y cultivo del conocimiento.

LA EDUCACION COMO INVERSION

Lo anterior me permite tratar, sin ánimo de profundizarlo, el tema de la inversión en educación, o de la educación como forma especial de la inversión. En nuestro país, como en el caso de todos los países llamados “en vías de desarrollo”, o simplemente subdesarrollados, la educación a la par que la salud, tiene la más alta prioridad, o debe tenerla. No hay aplicación de recursos que

genere un mayor rendimiento que la educación; más aun, la inversión en bienes físicos no resulta provechosa o rentable, ni desde el punto de vista privado ni desde el social, sin la combinación en la cual el trabajo es factor básico. Esto es más evidente a la luz de la educación. Mientras más elevado sea el nivel de educación del trabajador, mayor es el ingreso que genera y percibe. Por tanto, la lucha contra el desempleo, contra las bajas remuneraciones laborales, contra la deficiente productividad, tiene que sustentarse principalmente en la educación. Los recursos que se asignan a esta actividad, públicos o privados, deben ser considerados como inversión de la más alta reproductividad, aunque no se materialice en bienes corporales. Hay que excluir del gasto corriente del Estado, en un tratamiento más racional, los gastos en educación, como los que se hagan en salud y en investigación científico-tecnológica, para estimarlos como gastos de inversión.

Este planteamiento es oportuno a la luz de las restricciones económicas que sufre el país y que obliga al mayor rigor en la asignación de los recursos disponibles. No es suficiente con la fijación de una cuantía de fondos públicos al sector de la educación; es indispensable su distribución equilibrada y ponderada entre los segmentos del sistema educativo, la administración eficiente del presupuesto, la proyección correcta de las necesidades, el control estricto de la aplicación y la evaluación científica de los rendimientos, entre otros aspectos. Al efecto, conviene mencionar el requerimiento de la planificación, como lo interpreta el Consejo Nacional de Educación al formular las bases y objetivos de un plan decenal, hasta los primeros años del siglo XXI. Este plan, que puede concretarse en plazos cortos y medianos, encuadrados dentro de una estrategia de largo plazo, no puede ser una pieza aislada sino que debe formar parte de un plan nacional de desarrollo, a cuyos lineamientos puede contribuir. El plan educativo debe ser la expresión de la voluntad nacional de superación material, cultural, ética y política, y recibir, por tanto, el consenso más amplio posible, lo que exige una profunda discusión en los más diversos medios y estamentos de la sociedad civil.

LA CRISIS GLOBAL VENEZOLANA

La sociedad venezolana se caracteriza actualmente por graves desequilibrios en el orden económico, social, cultural, institucional y político. En lo económico, por la insuficiencia en la capacidad de generación de ingresos para sostener un nivel de vida asimilable al promedio mundial y por la desproporcionada distribución del ingreso nacional disponible, que relega a la condición de pobreza real a más del 75 por ciento de la población. Para rectificar esta situación es menester un crecimiento económico sostenido en los próximos diez años a una tasa no menor de 6 por ciento anual y una política igualmente sostenida de equidad socioeconómica. En lo social, puede observarse una fracturación entre los grupos componentes, de tal manera que los extremos de desigualdad se acentúan, los estamentos medios tienden a desaparecer y la concentración de privilegios, oportunidades y bienestar en una minoría es cada vez más irritante; el índice de inconformidad o descontento social alcanza niveles elevados y la potencialidad de explosiones violentas aumenta. En lo cultural, existe una deformación de los patrones de vida, un desconcierto de las apreciaciones estéticas y recreacionales, una alienación de las tradiciones positivas que forman la identidad nacional. En lo ético, una degradación de los comportamientos, una subestimación de los valores fundamentales de la conciencia, una exaltación de los falsos paradigmas de la riqueza fácil para cuyo alcance no importan escrúpulos ni prevenciones. En lo institucional, una pérdida de la vigencia de las normas, una supremacía de los malos hábitos de poder, un desprestigio de la administración de justicia y del régimen electoral, una ausencia de representatividad de los poderes públicos, una declinación de la autoridad democrática. En lo político, la recurrencia de vicios y corruptelas, artificios y trampas para la perpetuación de lo que se ha dado en llamar la cogollocracia, negación de la democracia, frustración de la fe popular y turbias componendas para evitar el cambio necesario.

Ante ese estado de cosas, que no vacilo en calificar como la coyuntura más infeliz y peligrosa de nuestra historia contemporánea, la educación tiene que reivindicar su función de salvaguardia social, de forja de conciencia nacional, de rescate y afirmación de los valores culturales, éticos, de la honestidad, el propio esfuerzo, la solidaridad, la cooperación, la justicia, la dignidad, la autonomía de decisiones, la creatividad, la fuerza de las ideas, la identidad venezolana y latinoamericana, la prevalencia del interés social sobre el individual, sin que ello signifique negación de la personalidad ni omnipotencia del Estado, la educación es más que capacitación, más que preparación para el trabajo, más que dotación de aptitudes para el empleo: es el desarrollo integral del ser humano, sin deformaciones, sin sobreestimación de lo tecnológico ni subestimación de lo humanístico. Necesitamos, si, buenos trabajadores, técnicos eficientes, científicos sabios, pero fundamentalmente hombres y mujeres para hacer plena la vida venezolana.

